

confusa como las que yo me formo de las ciudades que puede haber en otro planeta. Casi ninguna está descontenta de su suerte. La buena pasta es muy comun. El orgullo, ademas, las excita á menospreciar lo que no está á su alcance; y el amor de la patria, encerrado dentro de los estrechos límites del pueblo en que nacieron y se criaron, se hace más intenso, enérgico y vidrioso, y las mueve á amar con delirio aquel pueblo y aquella sociedad, prefiriéndolos á todo, y á revolverse casi con furor contra cualquiera que los censura.

Si hubiera yo de seguir contando y pintando circunstanciadamente las cosas, escribiría un tomo de quinientas ó seiscientas páginas. Demos, pues, punto aquí: y, gracias á que este artículo no peque por largo, y á que tenga el lector la suficiente indulgencia, vagar y calma, para leerle todo sin enojo, fatiga ni bostezo.

UN POCO DE CREMATÍSTICA

UN POCO DE CREMATÍSTICA

MEDITACION (*).

I.

Cuando Virgilio, inspirado por los antiguos versos de la Sibila, por la esperanza general entre todas las gentes de que había de venir un Salvador, y tal vez por alguna noticia que tuvo de los profetas hebreos, vaticinó con más ó ménos vaguedad, en su famosa égloga iv, la redencion del mundo, todavía le pareció que esta redencion no había de ser instantánea, por muy milagrosa que fuese, y así es que dijo: *suberunt priscae vestigia fraudis*: quedarán no pocos restos de las pasadas tunanterías y miserias.

Si esto pudo decir el Cisne de Mantua, tra-

(1) Publicada en *La Revista de España*, en el año de 1870.

tándose de un milagro tan grande, de un caso sobrenatural que lo renovaba todo y que todo lo purificaba, ¿qué extraño es que después de una revolución, al cabo hecha por hombres, y no por hombres de otra casta que la nuestra, sino por hombres de aquí, educados entre nosotros, haya aún no poco que censurar y no poco de que lamentarse? Pues qué, ¿pudo nadie creer con seriedad que la revolución iba en un momento á hacer que desapareciesen todos nuestros males, todos los vicios y los abusos que la produjeron? La revolución podrá, á la larga, si es que logra afirmarse, corregir muchos de estos males, vicios y abusos; pero en el día es inevitable que aparezcan aún. Aparecerían, aunque los que combatieron en Alcolea en pró de la revolución hubieran sido unos ángeles del cielo, de lo cual ni ellos presumen, ni nadie les presta el carácter, la condicion y la virtud sobrehumana.

Mediten bien lo que acabo de decir aquellos que vieron con júbilo la revolución, que la aceptaron y hoy se arrepienten, y aquéllos también que siempre la tuvieron por un mal y que siguen con más ahinco teniéndola por un mal en el día de hoy. Medítenlo, y ya conocerán que no hay mal ahora que no se derive de los pa-

sados, como se deriva de la premisa la consecuencia; como nace el retoño de la raíz de toda planta antigua, si no se arrancó de cuajo y si no se extirpó; operación más difícil de lo que se piensa.

No es esto afirmar que el estado de nuestro país sea delicioso, envidiable y floreciente. Nada ménos que eso. En nuestro país hay mucho desabrimiento, muchísimo mal humor, y un disgusto enorme. Y no hay que rastrear demasiado, ni que sumirse en oscuras profundidades para desentrañar la causa. La causa es que *donde no hay harina, todo es mohina*. El mal, fundamento de todos los males, es entre nosotros la escasez de dinero, ó para valernos de término más comprensivo, la penuria ó la inopia. En nuestra época nos dolemos más de este mal, porque la aspiración y el conocimiento del bien contrario están más difundidos, no porque el mal sea nuevo. *De atrás le viene el pico al garbanzo*, como dice el refrán. Sería, pues, una insolencia exigir de la revolución que renovara el milagro de pan y peces, ó que convirtiera las piedras en hogazas. ¿Qué ha de hacer la revolución sino lo que siempre se ha hecho? Esto me retrae á la memoria el modo de saludar que suelen tener en algunos lugares de Andalucía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y que no puede ser ni más castizo ni más propio. Salen dos hidalgos á tomar el sol muy embozados en sus capas, y se encuentran al revolver de una esquina.—«Hola, compadre, dice el uno: ¿cómo vamos?»—Y el otro contesta: «Trampeando: ¿y V., compadre?»—«Trampeando, trampeando tambien,» replica el que hizo la pregunta. Así nada tienen que echarse en cara, y se van juntos de paseo, en buen amor y compañía.

Contra un achaque tan inveterado no sé qué remedio pueda haber. El arte de producir oro, la Crisopeya, se ha perdido por completo, y ya no tenemos más arte ó ciencia en que cifrar nuestras esperanzas, á ver si nos saca del atolladero, que la Economía Política. Dios ponga tiento en las manos de los que la saben y la aplican á la gestion de los negocios del Estado. Y no lo digo porque dude yo de la ciencia. ¿Cómo dudar, cuando la ciencia es, ha sido y será siempre mi amor, aunque desgraciado? Dígolo á tanto de que pudiera ocurrir con algunos economistas lo que con ciertos filólogos que estudian un idioma, pongo por caso, el chino ó el árabe, tan por principios, con tal recondidez gramatical y tan profundamente, que luégo nadie los entiende, ni ellos se entienden entre sí, ni logran entender á los verdaderos chinos y

árabes de nacimiento, contra los cuales declaman, asegurando que son ignorantes del dialecto literario ó del habla mandarina, y que no saben su propio idioma, sino de un modo vernáculo, rutinario y del todo ininteligible para los eruditos: pero lo cierto es que por más que se lamenten, quizás con razon, no sirven para dragomanes.

Tal vez se explique esto de la manera que, yendo yo de viaje por un país selvático, acerté á explicar en qué consistía que cierto compañero mio, gran ingeniero, que se empeñó en guiarnos con su ciencia, no atinó nunca, y por poco no nos hunde y sepulta en charcos cenagosos ó nos pierde en bosques sombríos, donde nos hubieran devorado los lobos. Yo estaba siempre con el alma en un hilo, pero ni un instante dudé de la ciencia. Lo que yo alegaba era que aquella tierra era tan ruda aún, que no comprendía la ciencia y se revelaba contra ella. Volvimos entónces á confiar la direccion de nuestro viaje al guía práctico y lego que ántes nos habia servido, y así llegamos al término que nos proponíamos.

Pudiera suceder, por último, que constando la Economía Política, si no me equivoco, de varias partes, como son: la creacion de la riqueza,

su circulacion, su reparticion y su consumo, hayamos por acá estudiado á fondo las partes últimas, y hayamos descuidado bastante el estudio de la primera, considerándola acaso como imposible de aprender, y exclamando humilde y cristianamente con el poeta:

Es el criar un oficio
Que sólo le sabe Dios
Con su poder infinito.

Vivo yo tan seguro de esta verdad, que nunca he querido engolfarme en el *mare-magnum* de la Economía Política, teniendo por tan complicada toda esta maquinaria de las sociedades, que ni remotamente he caido en la tentacion de querer averiguar cuáles son los resortes que la mueven y cuáles las bases sobre que se sustenta. Siempre he tenido miedo de que venga á acontecer al economista lo que al niño que, movido de curiosidad, rompe el juguete para ver lo que tiene dentro. Mi propósito, al escribir esta obrilla, no es, por lo tanto, discurrir económicamente sobre el dinero: dar lecciones sobre el modo más fácil de adquirirle. ¿Quién sabe, dado que yo averiguase este modo, si, á pesar de mi acendrada filantropía, no me le habia de callar, al ménos por unos cuan-

tos años, aprovechándome de él para mi uso privado y el de algun que otro amigo muy predilecto? Mi propósito es sólo hablar del influjo que ejerce el dinero en las almas: esto es, que yo no trato aquí de Economía Política, sino de Filosofía Moral, exponiendo algunos pensamientos filosóficos acerca del dinero, ora nacidos de mi propia meditacion, ora de la mente profunda de los sabios antiguos y modernos que he consultado.

No quiero, con todo, que se me tenga por tan ignorante de la ciencia económica, que al hablar y filosofar sobre el dinero, no sepa lo que es y confunda unas especies con otras. Hace un siglo que á nadie se le hubiera ofrecido este pícaro escrúpulo que á mí se me ofrece ahora. Entónces la generalidad de los mortales creia saber á fondo lo que era dinero, y nadie veía ni la posibilidad de que sobre este punto naciesen dudas, equívocos, ni disputas. Hoy, con la Economía Política, ya es otra cosa. Tomos inmensos se han escrito para explicar lo que es el dinero y lo que no es. Sin duda que todas aquellas verdades, por palmarias, sencillas y evidentes que sean, que el interés de hombres poderosos ó astutos ha tenido algunas veces empeño en encubrir ó tergiversar, se han

encubierto ó se han tergiversado porque siempre ha habido infinito número de páparos en el mundo. De estas verdades, las que se refieren al dinero, al capital ó á la riqueza, son las que han ofrecido más estímulo á estas tergiversaciones y engaños; pero aunque no pueda negarse que los economistas, que ponen, por decirlo así, definitivamente en claro estas verdades, hacen un gran servicio al público, no puede negarse tampoco que la mayor parte de estas verdades son de las que se llaman de Pero-Grullo. Para quien ignora la burla que han hecho algunos hombres de la credulidad de sus semejantes no es concebible, por ejemplo, que un sabio economista emplee gravemente medio tomo de lectura en demostrar que el dinero no es un mero signo representativo de la riqueza, sino que tiene y debe tener un valor en sí; que una peseta, no sólo representa el valor de cualquiera cosa que valga una peseta, sino que vale y debe valer lo-mismo que cualquiera cosa que valga una peseta, y que cuatro cosas que valgan á real cada una, y que treinta y cuatro cosas que valgan á cuarto. Todavía han empleado más fárrago los economistas en demostrar otra verdad, de la cual es más inverosímil que nadie haya dudado nunca, y en cuya demostracion

parece absurdo, á los que no están iniciados en los misterios de la Economía Política, que nadie se afane con formalidad. Es esca verdad que el dinero no es toda la riqueza, sino una parte de la riqueza. ¿A quién ha podido nunca caber en el cerebro que no es rico cuando no tiene dinero, y tiene trigo, olivares, viñas, casas, hermosos muebles, alhajas, telas, etc.? Si todos estos objetos los reduce mentalmente á dinero, los aprecia y los tasa, encontrará que tiene una riqueza, por ejemplo, de dos millones de reales. Pero al hacer la tasacion, no hace más que determinar con exactitud el valor de lo que posee, adoptando una medida comun, que es el dinero. Si en vez de los reales, de los escudos ó de las pesetas, fuesen los bueyes la medida, diríamos que tal propietario tenía una tierra que valía quinientos bueyes, y tal empleado un sueldo de veinte bueyes al año. La ventaja del oro ó de la plata acuñados para moneda se deduce evidentemente de lo expuesto. ¡Bendito y alabado sea Dios que nos ha hecho nacer en una época en que todo se averigua y se explica tan lindamente! Un buey es poco portátil, no cabe en el bolsillo, no pasa en todos los mercados, gasta en comer y se puede morir, y el dinero ni come ni se muere. Además un buey puede ser más

gordo ó más flaco, más chico ó más grande, más viejo ó más joven; mientras que un escudo es siempre un escudo, goza de eterna juventud, y tiene ó debe tener el mismo peso y la misma ley.

Tal es la gran ventaja de que goza esta ciencia. Es tan clara, tan pedestre y tan sencilla, que los niños de la doctrina pudieran entenderla si quisiesen. Y sin embargo (cosa por cierto admirable!), apenas dan un paso desde terreno tan firme y seguro, y desde lugar tan claro suelen caer los economistas en un mar sin fondo ó en el seno oscuro de la noche cimeriana. La Economía Política pasa á escape, salta de la perogrullada al sofisma con una agilidad portentosa.

En esta misma cuestion de si los metales preciosos, el oro y la plata, son mejores que los bueyes para moneda, ocurren dificultades y contradicciones imprevista. Sirva de muestra lo siguiente: Si la deuda que el Estado español ha contraído y sigue contrayendo se estimase en bueyes, no se podría rebajar en un 5 por 100, en una vigésima parte, á no ser que las siete vacas flacas del sueño de Faraon procreasen infinitamente y llenasen el mundo todo de bueyes cacoquimios y encanijados; pero estimada

la deuda en pesetas, se ha hecho la rebaja con la mayor suavidad, de una sola plumada, y casi sin que nadie se percate de ello. Los bueyes, chico con grande, á no ser hijos de las vacas flacas, siempre serían bueyes; pero las pesetas nuevas no son como las antiguas, y el día en que la acuñacion de la nueva moneda esté terminada, podremos asegurar que en vez de deber, por ejemplo, 20.000 millones de reales, deberémos 19.000, á no ser que la alteracion de la moneda no rece con los acreedores del Estado, y les sigamos pagando los intereses con arreglo á la ley antigua.

Pero dejando á un lado esta cuestion, conste que, si bien aquí usamos de la palabra *dinero* en la acepcion de *capital* ó de *riqueza*, hacemos perfectamente la distincion de estas cosas, como la han hecho todos los hombres de todos los siglos, sin necesidad de que los economistas los adoctrinen. La razon que nos lleva á llamar dinero á toda riqueza, es que el dinero es una riqueza sin la que no se puede pasar. El dinero es además un valor que circula más fácilmente que todos los demás valores, y que los representa y los mide. El dinero no es toda la riqueza, sino la parte móvil, líquida y más circulante de la riqueza. La sangre no es toda la vida en el

cuerpo, y sin embargo no viviríamos si la sangre no circulára ó si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparacion, porque no hay comparacion completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar á la sangre; pero en la sociedad hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de riqueza, pero pone en circulacion y presta movilidad y casi ubicuidad é mucha parte de la riqueza que está parada é inerte. En suma, el dinero, aunque reemplazable por el crédito, es una parte de la riqueza, y así por esto como por ser la parte más viva, más enérgica y más circulante, es un dolor que se pierda. La sociedad que no tiene dinero, ó el individuo que no tiene dinero, ya están aviados. Despues de largos estudios han deducido, pues, los economistas que *el dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad*; aguda sentencia, cuya verdad resplandece más que la luz del mediodia.

II.

Sentadas ya estas bases, voy á discurrir y á filosofar un poco sobre las relaciones del dinero

(y en general de toda riqueza) con las costumbres y con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores.

El primero y más capital consiste en creer que, en nuestros dias, es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el dia de hoy, los hombres son como siempre; pero si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos.

Fácil me sería acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, á fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entónces, y su imperio, léjos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un trabajo erudito, sino una meditacion filosófica.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivian se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de lo que digo.—*Por dinero baila el perro.*—*Cobra y no pagues, que somos mortales.*—*Dádivas ablandan peñas.*—*Ten dine-*